LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Año XXII. Num. 23.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Albornoz con drapería.—Albornoz con banda.—Pañuelo redondo.—Cinturon con banda.—Bedecilla española.—Peinado de boda.—No hay tontos.—Un viage barato.—Las áncoras de misericordia.—Trage de género de Irlanda. ..... Poesía.—El adolescente.—La enamorada recluta.—Revista de Cádiz.—El salto del caballo.—Advertencia.

Albornoz con draperia.

Esta capa de verano se hace de cachemira negra ó de color; nuestro modelo es gris plateado, orlado de tafetan negro y con rosetas del mismo tafetan. Por delante el albornoz lleva por todo adorno una sola roseta de tafetan negro algo mas pequeña de las otras, y puesta cerca de la abertura del cuello.

El fondo del albornoz se rodea con una tira al sesgo de tafetan negro de medio centimetro ó algo mas de ancho. Del mismo modo se guarnece el cuellecito.

Sobre la costura de detrás del fondo se forman 2 pliegues profundos (encima del borde *festoneado*), cuyos pliegues se cosen á la costura, afirmándolos todavía mas por medio de las rosetas de tafetan; estas se preparan sobre un pedazo redondo de gasa, que tenga unos 6 centímetros de diámetro; este pedazo se cubre con una tira de tafetan negro de 4 centímetros de ancho, doblada por su mitad, encañonada á pliegues pequeños, y cosida en espiral, formado de 4 á 5 vueltas. La segunda roseta, igual á esta, se coloca sobre la drapería en el medio de la espalda; una tercera roseta algo mas pequeña, se pone por delante, en el sitio en que el albornoz se cierra con dos corchetes.

Albornoz con banda.

Nuestro modelo, hecho de tela ligera de lana, de color gris claro, se orla de tafetan color castaño; una banda puesta sobre los hombros, se anuda en la espalda, y cae hácia atrás, á la moda escocesa. En el medio de ella, y á todo su largo, se pone una tira de tafetan color castaño de 2 centímetros de ancho. En cada extremo lleva aquella un fleco gris y castaño de 11 centímetros de alto. Se coloca esta banda sobre el delantero del albornoz, y se cubre esta costura con una tira de tafetan; se cortan dos presillas de la figura que indica el dibujo, se las ribetea con tafetan, y se las pone sobre el albornoz, de modo que cubran las costuras de los hombros, y que su extremo llegue á la abertura del cuello; por estas presillas se pasa la banda, y se la anuda por detrás en el medio de la espalda. El albornoz se cierra por delante con corchetes.

ALBORNOZ CON DRAPERIA PARA NIÑA DE 7 A 10 AÑOS.

ALBORNOZ CON BANDA PARA NIÑA DE 6 A 8 AÑOS.

Pañuelo redondo.

MATERIALES.—Batista fina; algodon de bordar del n.° 100; tul de encage; dibujos de encage *recortados para sobrepuestos.*

Dos dibujos se consagran á este pañuelo; el uno representa una 4.ª parte de él en tamaño natural, el otro es el pañuelo completo en tamaño reducido. — Los medallones de encage pueden ejecutarse de diferentes maneras, ya con calados de encage, ya aplicando sobre el tul dibujos recortados cuya red esté usada. El borde del pañuelo se festonea, y luego se guarnece con un encage de 2 ó 3 centímetros de ancho.

Cinturon con banda.

Este cinturon se compone de dos pedazos iguales, y se cierra por el lado derecho. Cada uno de estos pedazos se

© Biblioteca Nacional de España

cubre con encage negro de 2 centímetros de ancho, puesto plano, y dispuesto en filas de arriba abajo; cada costura de cada fila se cubre con una cinta estrecha de terciopelo negro.

Los dos pedazos del cinturon van unidos por uno de sus extremos transversales, y separados por el opuesto. El borde inferior lleva un encage negro de 2 centímetros de ancho, plegado para formar un rizado, cuya costura se cubre con otra cinta estrecha de terciopelo negro. El borde superior y los extremos transversales se ribetean con una cinta de terciopelo negro de cerca de 2 centímetros de ancho. El cinturon se cierra en el lado ya dicho por medio de corchetes.

Los dos cabos de la banda se preparan con encages anchos y entredoses de encage; para cada cabo se toman 70 centímetros de entredos que tenga 5 ó 6 centímetros de ancho.

En nuestro modelo, este entredos termina por ámbos lados con puntillas como los encages, y la parte del centro está dispuesta de modo qus pueda pasarse por ella una cinta. Los dos cabos de la banda se terminan por una especie de fleco sin cortar, cuyos bucles son en número de doce. El borde superior de cada cabo se pliega y se cose al cinturon, á 3 centímetros de distancia de la punta de delante.

Se puede ejecutar este cinturon con encages negros y blancos, con entredoses negros, con medallones blancos. En este momento se fabrican encages *imitados* de ejecucion perfecta; el encage es negro con borde de encage blanco.

Redecilla española.

LABOR DE TRENCILLA Y CROCHET.

MATERIALES.—Trencilla de seda; flero de torzal; dos borlas de seda; terciopelo; alambre muy fino forrado de seda; un crochet de madera del número 8.

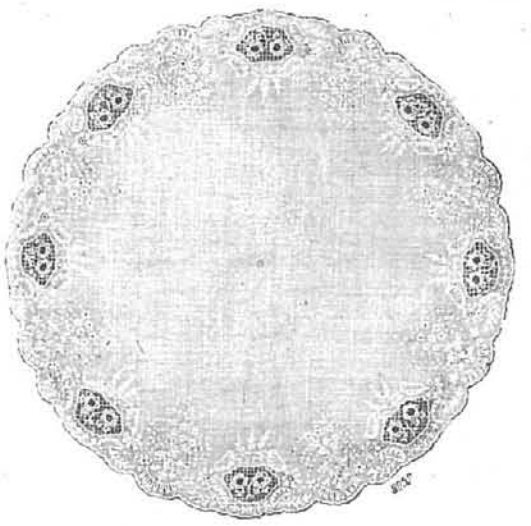
El dibujo que representa la *redecilla española vista de frente*, indica una guarnicion compuesta de un rizado de tafetan recortado.

El segundo dibujo muestra la redecilla guarnecida con bullones de terciopelo, y adornada, en el lado izquierdo, con dos borlas de seda.

Para preparar el fondo de la redecilla, que se hace de trencilla negra ó del color del cabello, ó en fin de color vivo, se dispone primero sobre papel fuerte un enrejado de trencilla de seda, que tenga 11 centímetros y medio en cuadro; la trencilla debe estar bastante junta para que seis cordones de ella cubran un espacio de 3 centímetros; no se la corta nunca. En cada sitio en que se cruza, se la sujeta con algunos puntos; el enrejado se rodea con una trencilla que se cose todo al rededor. Este enrejado forma el centro, y lleva en su contorno festones compuestos de puntos en el aire hechos al crochet con alambre muy fino forrado de seda; el alambre puede sustituirse con lana fina, que tendrá la ventaja de la baratura. Cada feston se compone de 9 puntos en el aire; cada lado del enrejado se orla con 9 festones; se hacen, por tanto, 36 festones al rededor del enrejado, pasando el crochet por debajo de la trencilla que lo rodea. Despues de esta primera vuelta, se hacen otras siete, colocando siempre el punto sencillo del feston en el del medio perteneciente á la vuelta anterior. Terminada que sea la labor de crochet, se guarnecen dos de los bordes del enrejado con un fleco de 15 centímetros de alto; una rosetita hecha con fleco no recortado, se coloca en cada esquina del enrejado; en el centro de estas rosetas se pone una cuenta gruesa negra tallada: por el borde de la redecilla se pasa un cordon elástico, y en la mitad de delante se pone una guarnicion cualquiera.

Para la guarnicion, compuesta de bullones de terciopelo, se emplea una tira de esta tela que tenga 40 centímetros de largo por 10 de ancho: se la cose en forma de ruló en el sentido de su largo, y se rellena con algodon en rama; este ruló se rodea con una hebra de seda cuatro veces á distancias iguales, y así se forman los bullones; se le cose en seguida á la parte anterior de la redecilla, poniendo rosetas en los huecos que dejan los bullones. Al lado izquierdo se colocan dos borlas gruesas, de 12 centímetros de largo.

Esta guarnicion puede sustituirse por un rizado hecho con una tira de tafetan, que tenga 6 á 8 centímetros de ancho, recortada por ámbos bordes y plegada por el medio: los dos extremos de esta tira deben disminuir, y los pliegues han de estar mas juntos hácia el centro, á fin de formar una especie de diadema encima de la frente.



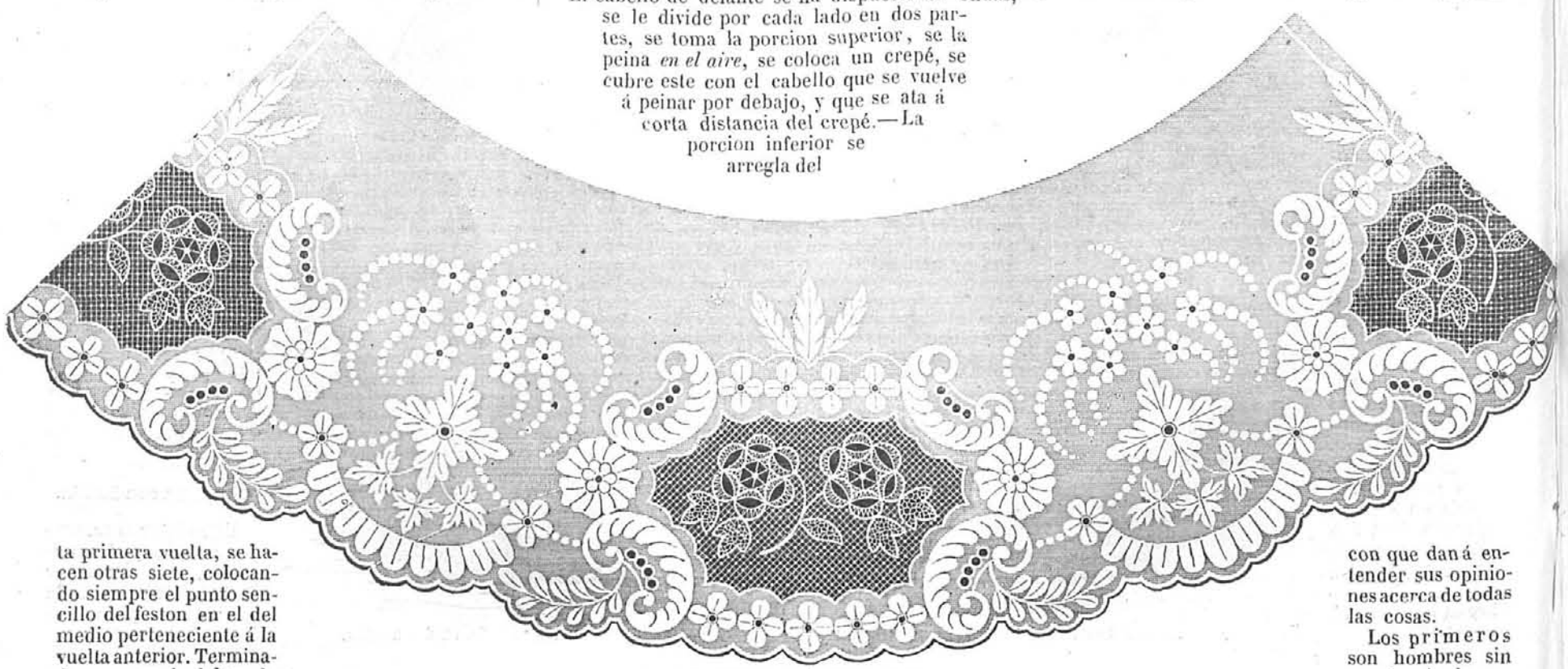
PAÑUELO REDONDO, TAMAÑO REDUCIDO.

Peinado de boda.

Se principia este peinado por la castaña, atando el cabello muy cerca de la nuca y dividiéndolo en tres partes. Se toma primero el mechon de la izquierda, se le echa hácia adelante, se le sujeta con un peinecillo, por cima del cual se vuelve luego el mechon hácia atrás. Este mechon se encrespa á todo su largo, despues se le enrolla, principiando por la punta, lo cual forma la coca izquierda; otro tanto se ejecuta con el mechon de la derecha y despues se hace otra tercera coca, que forma una especie de castaña que cae hácia atrás, con el mechon del medio.

El cabello de delante se ha dispuesto en ondas, se le divide por cada lado en dos partes, se toma la porcion superior, se la peina *en el aire*, se coloca un crepé, se cubre este con el cabello que se vuelve á peinar por debajo, y que se ata á corta distancia del crepé.—La porcion inferior se arregla del mismo modo, y se esconden los cabos todos debajo de las cocas de detrás. En la parte anterior de la cabeza se pone un ramo de azahar y algunas ramas se colocan esparcidas entre los bandós de delante; la castaña va adornada con otros ramos largos que caen hácia la espalda.

El velo es de tul de ilusion; en su borde de delante se forman cuatro pliegues que corren á todo su largo, y esta parte plegada se sujeta detrás del ramo colocado en la parte anterior de la cabeza. En este momento, el velo cubre el rostro de la persona á quien se peina. Cuando ya está sólidamente asegurado, se le echa hácia atrás. El velo debe ser tan largo como la enagua del trage.



CUARTA PARTE DEL PAÑUELO REDONDO.

NO HAY TONTOS.

No me opongo á que el alma resida en la cabeza como en su propio y natural asiento.

Era preciso que el alma tuviera muy pocos recursos para haber elegido otra habitacion. Solo un alma muy pobre se resignaria á vivir en otra parte del cuerpo.

Reside pues en la cabeza como el cochero en el pescante, como la mirada en los ojos, como la palabra en la lengua.

Además es indudable que el alma reside dentro de la cabeza, porque se la ve detrás de la cara como la luz detrás de un papel trasparente.

Pero esto es la regla general.

En una poblacion de doscientas mil almas pronto se echan de ver las excepciones de esa regla.

En Madrid llaman la atencion al momento las gentes que se han echado el alma á la espalda.

La vida es una peregrinacion y esas gentes han comprendido que con el alma á la espalda se anda mas camino. Sobre todo se suben las cuestas con mas facilidad.

Estas son las gentes felices.

Y en efecto, se anda hoy demasiado de prisa para que se pueda hacer cómodamente el camino con todo el peso en la cabeza.

El alma á la espalda es un medio que facilita todos los movimientos. La agilidad de un hombre que lleva el alma á la espalda es inmensa, porque el alma pesa mas de lo que parece.

Para él todos los caminos son practicables, todas las alturas son accesibles.

Es el jugador que siempre gana, el político que nunca pierde, el deudor que nunca paga.

Lleva siempre la cabeza erguida y la risa en los labios.

Hay otros á quienes se les ha caido el alma á los pies.

Estos desgraciados no pueden dar un paso sin pisarse el alma.

Por eso se les ve inmóviles, siempre en el mismo sitio, sin aliento para moverse.

Llevan siempre la cabeza inclinada, los brazos caidos y los ojos tristes.

Se les conoce por un movimiento de desden, que consiste en encogerse de hombros, y es la expresion con que dan á entender sus opiniones acerca de todas las cosas.

Los primeros son hombres sin conciencia, los se-

© Biblioteca Nacional de España

gundos sin fé.—Hay otros á quienes la naturaleza ha concedido el raro privilegio de tener el alma en el corazon.

Estos son los jugadores que siempre pierden, los políticos que nunca ganan, los acreedores que nunca cobran.—Su casa, su bolsillo y sus manos estan siempre abiertas. — Estos son los únicos hombres á quienes quitan el sueño las desgracias agenas.—Cada uno tiene el alma en su almario.

La sabiduría de las naciones ha querido decir con esto que cada uno la lleva donde puede ó donde quiere.

En Madrid las mujeres la llevan generalmente en los ojos como una mariposa que revolotea dentro de un fanal.

Por eso para fijar un momento la mirada de una mujer, no hay mas que echarlas flores.

Que el alma de una mujer es una mariposa no tiene duda: siempre acaba por quemarse.

No hay mas que ver cómo quiere atraerse todo lo que brilla.

Además, su inconstancia no puede explicarse de otra manera.

Es natural que con el talento suceda lo mismo que con el alma.

Así se ve que ocupa distintas partes del cuerpo, desde las que se dá á conocer y se hace admirar.

Una mujer hermosa tiene el talento en la cara.

¡Cuántas cosas no dicen una frente tersa, una boca pequeña y una barba redonda!

Una mujer graciosa tiene el talento en el aire: en cada uno de sus movimientos hay un mundo de ideas.

¿A quién no le ha hecho pensar muchos dias y muchas noches una megilla sonrosada ó un talle flexible?

Un pianista tiene el talento en las puntas de los dedos. Acaso es la única parte de su cuerpo con que no desatina.

Oidle tocar y oidle hablar y vereis qué espantosa desafinacion. Tiene generalmente la boca del tonto y las manos del genio.

Un orador tiene el talento en la punta de la lengua. Despues de pronunciar un discurso de efecto casi es seguro que no sabe lo que ha dicho.

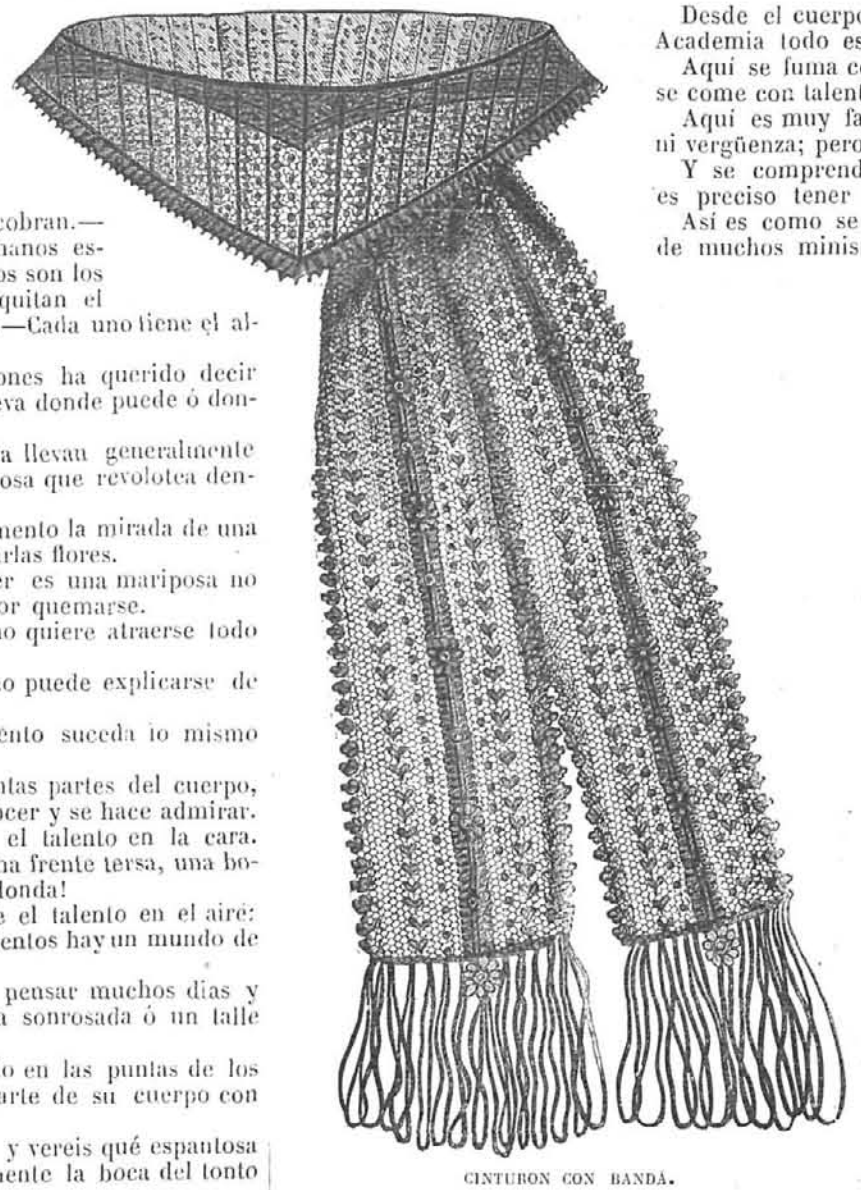
Pero si esto no fuera tan exacto como á mi me parece, observad que piensa con la punta de la lengua: dadle una pluma y vereis con qué dificultad discurre.

El cocinero es el que ha elegido el sitio mas extravagante para colocar su talento.

Sin duda le estorbaba para dedicarse á su oficio con éxito y lo ha puesto en el estómago de los demás.

No hay tontos. Hasta ahora ha parecido que los habia porque no se buscaba el talento mas que en la cabeza.

Hoy es distinto. Como el talento se puede tener



CINTURON CON BANDÁ.

en cualquiera parte, es imposible encontrar un hombre que no tenga talento.

Esto en Madrid es una cosa definitiva.

Aquí tienen talento los Académicos y los boleros por el simple hecho de ser una cosa ú otra.

Estos dos seres tan distintos y tan semejantes prueban que hoy es imposible no tener alguna clase de talento.

Para ser bolero no se necesita mas que no ser cojo, pero los cojos de entendimiento pueden ser Académicos, porque pueden entrar en la Academia apoyados en la muleta del diccionario de la lengua.

Hay talentos de tal naturaleza que excluyen á los demás, ó mejor dicho, rara vez se encuentran dos talentos dentro de una misma persona.

Por eso el comerciante nunca es poeta, ni los astrónomos actores, ni los militares filósofos.

El que reune todas las cualidades necesarias para una cosa, las tiene naturalmente incompletas para las demás.

Pero donde esto se verifica mas patentemente es en las academias y en los cuerpos de baile.

A primera vista parece que cualquiera puede tener el talento que se necesita para ser académico ó el indispensable para ser bolero; y es un error.

El talento del académico excluye toda otra clase de talento, y lo mismo sucede con el del bolero.

De manera que para ser académico es preciso ó no llevar otra clase de talento ó dejárselo en la puerta de la Academia, y para ser bolero es preciso absolutamente no tener mas que el talento de bolero.

Por eso los académicos y los boleros son contados.—Bailar con talento es poco mas ó menos hacer con los piés lo que los académicos hacen con las palabras.

Sucede con estas dos clases de talento una cosa singular: todo el mundo los admira y nadie los imita.

El bailarin mas consumado no ha conseguido todavía introducir la mas ligera variacion en el modo de andar ni de moverse, y la Academia no ha alcanzado aun que nadie retuerza las palabras para darse á entender.

Madrid está lleno de talentos.

Desde el cuerpo de baile del último teatro hasta los salones de la Academia todo es talento.

Aquí se fuma con talento, se viste con talento, se pasea con talento, se come con talento.

Aquí es muy facil no tener dinero, ni créditos, ni amigos, ni casa, ni vergüenza; pero es imposible no tener alguna clase de talento.

Y se comprende perfectamente que esto suceda en Madrid, donde es preciso tener talento hasta para hacerse los tontos.

Así es como se puede explicar la existencia de algunos académicos, de muchos ministros y de todos los boleros.—Hay, sin embargo, en Madrid un tonto.—Tonto como las flores que llenan el aire de perfume para que otros lo respiren.

Tonto como la luz que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música que se esparce en el viento para recrear los oidos de la multitud.

Tonto como el cristal que deja ver todo lo que tiene detrás de sí.

Tonto como el agua que riega los campos para que otros cojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

No conozco otro.

Este desgraciado tiene el alma en todas partes porque su oficio es sentir las penas de los demás.

Y francamente, cuando el ser tonto es tan difícil, bien se puede asegurar que se necesita muchísimo talento para ser tan tonto.

En conclusion: tienen talento hasta los poetas.

UN VIAJE BARATO.

Madrid está muerto.

El verano, que dá vida á los campos, mata á las ciudades.

Cuando los pájaros hacen sus nidos y los árboles se cubren de frutos y las llanuras de mieses, y los montes de verduras, las ciudades, esa segunda naturaleza de piedra, de ladrillos y de cal que ha hecho el hombre civilizado, detienen su existencia, suspenden su agitacion, esperando para recobrar todo el calor de su vida afanosa y brillante, los frios y las oscuridades del invierno.

Parece que los grandes centros de la vida humana se despojan de sus encantos en el momento en que la naturaleza se adorna con los suyos.

Así como en Madrid no hay gente, medianamente ilustrada, que no haga de la noche dia, así estas ciudades populosas, estas colmenas de la humanidad hacen del invierno de la naturaleza el verano de su vida.

Mirad á Madrid.

Está sentado sobre una llanura árida y extensa, como un viajero fatigado en medio del camino.

Abre sus calles espaciosas para respirar y tragar polvo. Se ha reclinado sobre la orilla de un rio que apenas anda oprimido por la red; y en vano pretende ocultarse á las miradas del cielo bajo unos cuantos árboles que no le dan sombra.

Se ve triste, desmayado como la luz de una bujía sorprendida por la claridad de la mañana.

REDECILLA ESPAÑOLA VISTA POR DELANTE.

REDECILLA ESPAÑOLA VISTA POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

Visto desde la cumbre de la montaña del Príncipe Pio, durante la noche parece un cementerio. Sobre todo, á los pálidos reflejos de la luna.

Desde ese sitio, ayudada la vista por la fantástica red de luces que se agitan en su recinto como esos fuegos misteriosos que brotan de las sepulturas, se pueden leer singulares epitafios.

Ved aquí unos cuantos.

Pero nó; respetemos los misteriosos secretos de la corrupcion. Tengamos á lo menos el pudor de nuestras miserias.

Suspendamos esta escursion fúnebre, porque no tenemos derecho á penetrar en el hogar doméstico de los muertos.

Dejemos á Madrid.

Para dejarle no tengo mas camino que el que me abra mi pluma sobre el papel; pero es bastante.

Voy á echar un vuelo por el risueño campo de mis deseos.

Es un viaje para el cual no necesito ni asiento en la diligencia, ni equipage, ni pasaporte.

Viaje barato que pueden hacer conmigo todos los pobres.

Es una escursion de verano que, para hacerla, no se necesita dinero.

No hay un avaro que, al leer estos renglones no abra los oidos tanto como abre las manos cuando recoge la usura, que es la cosecha de la avaricia.

Yo mismo estoy asombrado al tropezar con la idea de que puedo dar un paso entre los hombres sin que me cueste el dinero.

Antes de ponerse en marcha, hay que resolver una cuestion importante: es preciso saber á dónde vamos.

Casualmente, y por una extravagancia sin duda, la tierra está poblada de lugares desiertos, y el mar nos rodea como si nos quisiera prender.

Esta especie de contrasentido trae otro: podemos hacer una eleccion libre.

Es decir, que podemos mas que el gobierno.

No hay mas que pedir: la naturaleza paga.

Pido, pues, la falda de una montaña, cubierta de cesped, sombreada de manzanos y de arbustos silvestres.

Quiero que esté airosamente cortada por un valle cuajado de castaños, por entre los cuales ha de saltar un arroyo, fresco como la cara de un niño, y limpio como la pluma de un cisne.

No creo que mi mujer se ofenda porque yo me recueste sobre esa falda graciosa.

Necesito una colina que se levante á mi espalda, mas accidentada que una soltera de treinta años y mas caprichosa que una señorita de quince.

Me es indispensable un principio por donde baje cubierto de espuma, semejante á un caballo desbocado, un torrente impetuoso, sobre el cual es preciso que se adelante una roca pelada, calva como la cabeza de un anciano que lee en aquel libro la impetuosidad de las pasiones y la rapidez de la vida.

Este paisaje es necesario que descienda en suaves ondulaciones hasta esconderse debajo de las ondas del mar.

¡El mar! magnífico lienzo que tiene por marco el horizonte.

Soberbio elemento que azota sin descanso las rocas de la costa y lame eternamente las arenas de la playa.

Ya estamos en las orillas del mar: las olas se empinan y se levantan y se amontonan y van sucesivamente doblándose hasta besar nuestros piés.

Al verse uno sorprendido con este saludo súbito no puede menos de retroceder algunos pasos exclamando: ¡Hola!

Hé aquí el sitio que elegimos para pasar el verano.

No he pedido flores ni pájaros, porque donde hay agua y aire las flores no faltan ni los pájaros huyen.

No he pedido cielo, porque el cielo está en todas partes. — Pero necesito sobre todo tener aquí á mi mujer, porque solo sentiria á medias la risueña perspectiva de este paisage solitario sin esa mitad de mí mismo.

Los que vengais, traeos vuestros hijos y todo lo vereis con muchos ojos, y todo lo sentireis múltiple como si tuviérais muchas almas y muchos corazones.

Es imposible dejar á Madrid con menos incomodidades y menos gastos.

La imaginacion es un recurso que siempre está dispuesta á satisfacer nuestros deseos.

El hombre tiene dentro de sí un amigo complaciente que todo se lo facilita.

La ilusion es la realidad de los que no tienen un real.

Es el fausto de los pobres y el ferro-carril de los deseos.

Yo no he encontrado otra puerta para salir de Madrid y se la dejo abierta á los que quieran imitar mi ejemplo.

¡Cuántos estarán viajando como yo!

JOSÉ SELGAS.

LAS ANCORAS DE MISERICORDIA.

I.

Gontran Raucourt se hallaba de pié á algunos pasos de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y dirijiendo á su alrededor miradas que se esforzaba en vano porque apareciesen indiferentes. Próximo á dejar la vivienda le jóven independiente que habia habitado hasta entonces, contemplaba por última vez todas aquellas apariencias de lujo y elegancia á que iba á renunciar, porque nada de lo que le rodeaba le pertenecia ya; todo acababa de cederlo á sus acreedores, fatigados de esperar, y á quienes fué por último necesario satisfacer.

Tres años habian bastado á Gontran para llegar á este estado. Dueño á los veinte y cuatro años de una brillante fortuna, habia cedido, como tantos otros á la fatal atraccion de Paris, y se habia separado de su buena tia Catalina, que le sirviera hasta entonces de madre. Pero al verificar esta separacion puso en poder de su notario una suma, que aseguraba á la anciana soltera un bienestar que ella miraba como riqueza, y que nada le hubiera dejado que desear sin el alejamiento de Gontran.

Los temores instintivos que le inspiraba la nueva vida á que aquel se iba á entregar, no tardaron en justificarse. Arrebatado como el pichon viajero al medio de este desconocido conjunto que le habia arrastrado y seduci-

PEINADO DE BODA, VISTO POR DETRAS.

PEINADO DE BODA, VISTO POR DELANTE.

do, nuestro jóven se dejó cojer en todos los lazos, y perdió sucesivamente las mas brillantes plumas de las falaces alas que se nombran ilusiones. Con la ruina vinieron el desencanto y el desprecio burlon, tristes enfermedades de un corazon agotado, seco. El desórden elegante á que debia la pérdida de su fortuna, habia al mismo tiempo borrado sus generosos instintos, exaltado su orgullo y sustituido á las sencillas é ingenuas inspiraciones de la conciencia, el cúmulo de preocupaciones que ciertas gentes han colocado en lugar del deber.

Gontran Raucourt habia tomado plaza entre los modernos fatuos caballeros, que olvidando la elevacion de carácter y lealtad de la antigua nobleza, no han sabido resucitar mas que sus vicios. Marchito por el abuso de todos las placeres, habia llegado ya á la senectud moral, que forma toda la filosofía de estos libertinos aburridos, cuyo eterno sarcasmo contrista la dicha de las almas sencillas.

Asi es, que se hubiera avergonzado de manifestar el mas pequeño sentimiento al dejar lo que hasta entonces habia satisfecho su vanidad, ó mas bien formado su gloria. En el momento en que el portero vino á anunciarle que el coche pedido por él acababa de llegar, tomó una caja de palisandro, salió bruscamente sin dirijir una mirada de despedida á esta habitacion que no debia volver á ver, saltó al estribo del carruaje que le esperaba, y dejó oir estas palabras: — Calle de Copeau, nú-

© Biblioteca Nacional de España

mero 16. — El cochero subió al pescante y partió.

II.

Una hora despues, Raucourt se encontraba solo en una guardilla ó desvan casi desmueblado, acabando de quemar algunas cartas que hubieran podido darlo á conocer.

Luego que los últimos restos de papel se consumieron en el hogar vacío, se aproximó á la caja de palisandro colocada sobre una silla, y la abrió.

Esta encerraba un par de pistolas ricamente incrustadas; *era el único objeto de lujo arrancado al naufragio* de su fortuna; lo habia conservado á título de último amigo, de libertador. Porque pertenecia tambien á esa clase de huraños voluptuosos que no pueden aceptar de la vida otra cosa *que los festines y placeres*, y que cuando llega el dia de las pruebas, se erigen ellos mismos, como Sardanápalo, una hoguera perfumada. Incapaz de soportar su desgracia, habia resuelto sustraerse á ella por medio del suicidio; mas á fin de evitar el escándalo, se habia venido á esta habitacion retirada para cumplir en secreto su proyecto. No habiendo dado á conocer á nadie su nueva morada y acabando de destruir todos los papeles que hubieran podido revelar su nombre, estaba seguro de morir desconocido, y de evitar á su memoria la vergüenza de la derrota.

Acababa, como hemos dicho, de dirijir la mano hácia sus armas, cuando resonó en la escalera el ruido de pasos y una voz. Por un movimiento involuntario, y como si témiese ser sorprendido, Gontran se dirijió con prontitud la pistola á una de sus sienes.

Su nombre pronunciado por una voz que creyó reconocer, le *contuvo. Apenas tuvo tiempo para volver á* colocar el arma en su estuche; casi en el mismo instante la puerta se abrió bruscamente, y su tia Catalina apareció en el cuarto cargada de cajas de carton.

El grito de sorpresa del jóven fué sofocado por otro grito de alegría de la anciana, que se lanzó hácia él. Aturdido por su inesperada llegada, Gontran se dejó abrazar sin comprender nada. Sus preguntas no le procuraron al principio aclaracion alguna: porque la señora Raucourt, que lloraba de emocion, no podia responder sino con frases entrecortadas, y en las que el placer y el dolor se reproducian alternativamente á intervalos casi iguales.

—¡Pobre queridito mio! ¡al fin te vuelvo á ver! ¡Ah! yo estaba bien segura de encontrarte. Cuando una es tan desgraciada... lloro de alegria... ¡Ah! mi bondadoso Dios me ha protegido siempre... Habia creido volverme loca de pesadumbre... Y volvió de nuevo á abrazar á Gontran, á quien tales desahogos inteligibles inquietaban é irritaban á la vez. En fin, á fuerza de preguntas supo que su *tia habia sabido su ruina*, y que su *primer* pensamiento con tal noticia fué partir para París, y llevar á su sobrino la suma que habia obtenido de su generosidad; pero el notario á quien se la habia *confiado, la habia ahorrado este sacrificio*, desapareciendo con el dinero de que le hicieron depositario.

Raucourt no pudo contener una exclamacion.

—¿Con que Vd. tambien está arruinada? gritó.

—¡Completamente, querido mio! No me queda ya abajo otra cosa que las alforjas y el baston blanco, como se dice en el país.

—¿Y ha venido Vd. á París en la inteligencia de que yo podria socorrerla?

—De ningun modo; ya sabia de positivo que te encontrabas sin recursos como yo.

—¿Y qué ha venido Vd. á buscar entonces? replicó Gontran con cierta especie de impaciencia dolorosa, ¿qué esperais aquí?

—¡Qué es lo que espero! repitió la anciana, te lo diré: reunir en comun nuestro valor, puesto que no nos queda otro capital; darte consuelos y recibirlos de ti. Pues acaso ¿no se reunen y agrupan los que tienen frio? La miseria entre dos no es tan miseria; y por otra parte, ¿no eres jóven? tú trabajarás.

Gontran hizo un gesto de sardónico desden. —Perdone usted, tia mia, que la recuerde, dijo con un tono amargo, que no me ha enseñado ningun oficio; y no sé servirme de mis manos...

—Pues bien, te servirás de tu talento, interrumpió Catalina, ¿es justo desanimarse de ese modo cuando se espera aun medio siglo en que vivir?... Encontrarás una colocacion.

—¡Yo no la quiero! gritó el jóven exasperado: no me reduciré jamás á ser el instrumento de otra voluntad. ¡*No quiero ser una de esas bestias de cargas destinadas á* dar vueltas á la rueda que muele el pan de cada dia!

Catalina miró á su sobrino con asombro. Era la primera vez que oia ajar así el trabajo; pero con el maravilloso instinto de mujer, que penetra en un instante los pensamientos mas reservados, calculó que no debia pedir explicacion de las ideas de Gontran ni combatirlas.

—Pues bien: yo seré entonces quien la dé vueltas, dijo ella continuando la imágen empleada por el jóven; ¡y no temo que las fuerzas me falten! Yo te he velado dos meses enteros cuando aun eras niño. Todos creian que ibas á morir; pero yo tenia fé en Dios y en mi buena voluntad; la esperanza me daba fuerzas, y lo mismo sucederá en esta ocasion.

El orgullo de Raucourt se sublevó por la idea de que una anciana débil le hubiera de servir de apoyo. Así fué que la contestó con acritud. Catalina aparentó variar de rumbo y apreciar el descontento de su sobrino como una protesta de valor. Lo estrechó con efusion en sus brazos pidiéndole perdon de su presuncion, y reconociendo que á *ella* es á quien correspondia aceptar su proteccion.

—Estamos de acuerdo, exclamó ella, tú serás el jefe de la familia, yo contaré con tu apoyo, como en otro *tiempo tú descansaste en el mio. Es justo que á cada uno* llegue su turno; las mujeres cuidan de los niños, y estos cuando se hacen hombres cuidan á su vez de las ancianas: este es un sacrificio puesto á interés, y que produce rédito.

Gontran nada respondió, porque se hallaba en una perplejidad de la que no podia salir sin un sacudimiento estrepitoso. ¿Cómo decir á la pobre Catalina que se habia equivocado al suponer en su sobrino reconocimiento y valor; él, que demasiado orgulloso para ser protegido, era bastante cobarde para protegerla, y que se sentia incapaz de sostener á la anciana que venia á pedirle ayuda y socorros? En presencia de sus amigos puede ser que Gontran hubiera tenido esta audacia; acostumbrados á ridiculizar todos los deberes, le habrian inspirado alguno de esos sarcasmos que atraviesan como una espada; pero se hallaba solo, y á su pesar le conte*nia cierta especie de temor instintivo; su egoismo no* osaba manifestarse por falta de estímulo; se contentó pues con encojerse de hombros, y se puso á pasear por el cuarto, los brazos cruzados y con todos los signos de *una cólera reprimida. Catalina parecia no apercibirse* de ello: tomando posesion de la morada de su sobrino, que se componia de dos piezas contiguas, se ocupó en colocar en ellas su equipaje en silencio.

Entre tanto, Raucourt reflexionaba en el trastorno ocasionado por esta súbita llegada; su proyecto no hacia por otra parte mas que retardarse. Desde el dia siguiente podia dejar á su tia Catalina con cualquier pretexto, trasladarse al rincon mas solitario del bosque de Boulogne, y acabar allí con todos sus disgustos. Esta perspectiva calmó un poco su mal humor. Aparentó prestarse con cierta complacencia á los planes que la *anciana empezaba á formar*, y llegada la hora de acostarse, quedaba establecida la paz entre la tia y el sobrino.

Mas la primera estaba mas tranquila de lo que queria aparentar; la vista de las armas de Gontran le habia inspirado un vago terror. Además, no se pasa impunemente de una vida cómoda y apacible á las dolorosas incertidumbres de la indigencia. Para aceptar sin grande esfuerzo la nueva condicion á que se veia reducida, se necesitaba menos edad y mas indiferencia y buen humor. No podia so*portar con valor Catalina* la súbita carencia de todo lo que habia perdido. Su sangre enardecida se inflamó; su imaginacion excitada por la fiebre, se ocupaba con afan en buscar expedientes, en inventar recursos, y exaltándose progresivamente, llegó á constituirse en un verdadero delirio. El jóven, que se habia dormido, despertó á las voces de su tia, y encontró á la anciana incorporada sobre la cama, con el rostro encendido, la vista feroz y la respiracion anhelosa: apenas lo reconoció, y no respondia á sus preguntas sino *con frases entrecortadas. Repetia á cada instante que* queria trabajar... que se encontraba fuerte y que no caeria enferma.

A pesar de su endurecimiento, Raucourt se conmovió; *la corrupcion del alma puede hacernos insensibles al* dolor moral; conseguimos no creer en él; pero el dolor físico afecta los sentidos á nuestro pesar; las paradojas no fortifican los nervios como lo hacen con el alma; se sufre viendo sufrir, y se *siente la necesidad de consolar* al que se queja, siquiera esto se haga por consolarse á sí mismo.

Gontran se esforzó pues á calmar á su tia Catalina, y esperaba con impaciencia la *llegada del dia para hacer* llamar un médico. Cuando llegó este, examinó con atencion la enferma, y declaró al jóven que todo anunciaba el principio de una larga y grave enfermedad.

—Yo sospecho que no podrá Vd. asistirla aquí con todos los cuidados que su estado necesita, añadió pasando una mirada rápida sobre el miserable mueblaje de la guardilla; y lo mas prudente seria trasladar la enferma al hospital mas próximo.

Trage de género de Irlanda color de *cabellos de la reina*, con dibujos negros que guarnezcan la enagua, el chaleco y la chaqueta.

© Biblioteca Nacional de España

Raucourt se extremeció á esta palabra, y Catalina que la habia oido, dió un grito de horror. Criada en las preocupaciones de los aldeanos de provincia, se habia acostumbrado á mirar el hospital como el último grado del infortunio y humillacion. Así es, que prorumpió sollozando que preferia morir, que por otra parte, ella no tenia necesidad de cuidados ni de médico, que ya se sentia curada.

Y para apoyar su dicho, quiso levantarse; pero al primer esfuerzo cayó desvanecida.

Gontran procuró calmarla, prometiéndola no entregarla á cuidados extraños.

Esta promesa no era solo un medio para calmar la exaltacion de la enferma; él mismo sentia una repugnancia invencible al abandono de la mujer que le habia prodigado los cuidados de una madre. El orgullo se unia á un resto de sensibilidad para ser odiosa la idea del hospital; decia entre sí que no socorrer á la anciana Catalina en esta ocasion seria mas que dureza, mas que ingratitud, seria una infamia! Esta palabra pronunciada interiormente le decidió. Resolvió en consecuencia aplazar su suicidio, sufriendo la nueva prueba que se le ofrecia.

Como lo habia anunciado el médico, no tardó en caracterizarse la enfermedad de la anciana; presentó todas las fases ordinarias con alternativas que ofrecian en turno el temor ó la esperanza. Gontran habia desempeñado al principio sus funciones de enfermero con algun disgusto; pero insensiblemente se interesó en esta lucha contra la enfermedad; tomó parte en ella, é interesó su orgullo en el triunfo. Las demostraciones de reconocimiento de Catalina estrechaban mas estos lazos; él se sentia capaz de mayores esfuerzos y paciencia, á fin de no desmerecer el agradecimiento que se le tributaba.

Un socorro inesperado vino á hacer aun mas ligeras sus fatigas.

La habitacion vecina á la suya estaba ocupada por un oficial de impresor llamado Gervasio, y por su hija Enriqueta, que pintaba abanicos. Sabedores de la enfermedad de la anciana, se habian presentado los dos á ofrecer sus servicios; y aun cuando Raucourt les dió las gracias con altivez, aquellos habian aprovechado todas las ocasiones de serle agradables ó útiles. Principalmente Enriqueta se mostraba cada dia mas previsora. Cuando Gontran tenia precision de salir, venia ella á colocarse junto al lecho de la enferma, que no se apercibia de la ausencia de su sobrino; habia muchas veces instado al jóven que fuera á descansar, mientras ella velaba á la anciana Catalina, ocupándose en tanto de pintar sus abanicos.

(Se concluirá.)

* * * * * * *
* * * * * *

Ligera, niña, tu vida
por el mundo se resbala
como por el ancho cielo
las nubes de la mañana.

Como tu imágen graciosa
gentil y apacible pasa
por la luna del espejo
donde acudes á mirarla.

Como pasan fugitivos
sobre el manto azul del agua
blancos encages de espuma
que las corrientes desgarran.

Como leves se deslizan
por las sombras de las ramas
los gemidos de las hojas,
los suspiros de las auras.

Como cruzan las estrellas
tristes, brillantes y pálidas
de la noche misteriosa
por la bóveda enlutada.

Como el tímido perfume
que en ondas dóciles vaga
por el ambiente del valle
que las flores embalsaman.

Como gota de rocío
que indolente se resbala
por el polvo de las hojas
que brilla á la luz del alba.

Como el humo por el aire,
como fugitivos pasan
por las penas de la vida
los sueños de la esperanza.

Dulce niña, por la tierra
casi cruzas leve y vaga,
ligera como la sombra,
que flotas mas bien que andas.

Y el mundo que apenas pisas
se hundiera bajo tus plantas,
si pesaras sobre el mundo
como pesas en mi alma.

José SELGAS.

EL ADOLESCENTE.

I.

Quince años cumplidos tiene
y no sé como llamarle,
no sé si infante ó mancebo,
no sé si mortal ó ángel,
pues las pasiones del hombre
comienzan á dominarle
y aun su corazon perfuma
la inocencia del infante.
Mirad con cuanta ternura
dá un dulce beso á su madre,
y mirad como sus ojos
buscan tímidos y amantes
al mismo tiempo á esa vírgen
que asoma entre los rosales.
No sabe lo que ambiciona,
mas la ambicion le combate,
no sabe lo que desea
mas que algo desea sabe...
¡Ay si pudiera volar
como las águilas reales!

II.

Allá abajo en la arboleda
discurre un inquieto enjambre
de niños que en los dos lustros
acaso ninguno raye.
Allí hay fuentes cristalinas,
allí hay flores odorantes,
allí hay pájaros cantores,
allí hay toldos de ramaje
y desde allí se vé el sol
en Occidente ocultarse:
pero los niños enturblan
los cristalinos raudales,
no hacen caso de las flores
que huella su planta errante,
mandan á los pajaritos
con la música á otra parte
y dejan que el sol se esconda
sin detenerse á mirarle.
Mas el bello adolescente
se despide de su madre
y vaga por la arboleda
con languidez inefable.
Fuentes, flores, pajaritos,
ramas, sol, todo le place,
todo lo contempla, todo
tiene para él un lenguaje
que no comprende y le encanta,
que le anima y que le abate,
que le hace ansiar otro mundo
y bendecir este le hace.
Ved aquí la diferencia
que separa á ámbas edades:
alma pequeña la infancia,
la adolescencia alma grande,
la una sin aspiraciones
indefinibles, constantes,
la otra queriendo volar
como las águilas reales!

III.

Mas ¿qué siente ese mancebo
de la infancia al separarse?
¿Qué ambiciona? ¿Qué desea?
¡Ni él mismo acaso lo sabe!
El círculo de montañas
en que está encerrado el valle
parece al adolescente
el recinto de una cárcel.
Ese recinto es estrecho,
quiere mas campo, mas aire,
mas cielo, mas horizonte,
medita empresas muy grandes,
y en espacio tan mezquino
esas empresas no caben.
Preguntadle qué es amor
y os dirá que no lo sabe,
preguntadle á qué mujer
preferencia debe darse,
si á la mujer de ojos garzos
ó á la de ojos de azabache,
si á la de tez de azucena
ó á la morena inflamable,
si á la que raya en los quince
ó á la que en los treinta raye,
preguntádselo y tambien
os dirá que no lo sabe.
Lo que os dirá solamente
es que desea espaciarse,
es que desea volar
como las águilas reales.

IV.

Lo que sabe ese mancebo
es que un deseo constante,
vano, misterioso, intenso,
voluptuoso, inesplicable,
se ha apoderado de su alma
y sin tregua la combate;
lo que sabe ese mancebo
es que los hombres no nacen
para atrevesar el mundo
sin impelerle adelante,
para no dejar su huella
impresa en alguna parte,
para tornar á la nada
sin ser llorado por nadie;
lo que sabe ese mancebo
es que Dios no ha dado en balde
el corazon á los hombres;
lo que ese mancebo sabe
es que necesita un ser
hermoso, que le idolatre
como Isabel á Marcilla,
como no idolatra nadie;
lo que sabe ese mancebo
que al dar un beso á su madre
clava la vista en la vírgen
que asoma entre los rosales,
es que en un círculo estrecho
le falta luz, le falta aire,
es que desea volar
como las águilas reales.

Antonio de TRUEBA.

LA ENAMORADA RECLUTA,

EXTRACTADA DEL FRANCÉS

POR DON B. DEL BARCO.

(Continuacion.)

Cuando sus ojos se encontraron con los del estudiante la inquietud se pintó en su rostro; pero despues de haberle examinado con atencion se convenció de no haber visto jamás aquel rostro pálido y hermoso, respiró fuertemente como quien ha sufrido una impresion parecida al miedo.

Involuntariamente recordó la última mirada del oficial Sajon que acababa de matar la anterior noche, y sintió vagos deseos de no portarse como una bestia feroz delante del nuevo testigo de Federico, juzgando para sus adentros perdonar la vida á su adversario. Herman no lo conocia; pero se dejaba arrastrar por un instinto mas fuerte que su voluntad.

Los dos soldados cruzaron los aceros. El estudiante siguió con avidez los golpes y reveses que se tiraban, y diciéndose á sí mismo:

—Voy á saber lo que es necesario para matar á un hombre.

Despues de algunos minutos de combate, Federico cayó sin sentido con una herida bajo la tetilla derecha.

El estudiante levantó los ojos á Herman con una expresion de amanaza; pero la bestial figura del granadero, le causó tan vivo sentimiento de repulsion y antipatía que se preguntó:

—¿Dónde he visto, y qué daño me ha hecho este hombre?

Los cuidados que necesitaba la herida de Federico que trasportado al campamento no tardó en volver en sí, le hicieron olvidar tan negro presentimiento.

Herman cumplió su palabra pues solo tocó á su adversario con la punta de la espada.

Al otro dia Federico se paseaba del brazo de su testigo.

—¿Cómo te llamas, camarada? preguntó el herido á Margarita.

—Jebus Zorn, contestó el falso estudiante despues de un rato de vacilacion.

—Bien, Jebus, si puedo serte útil en ese negocio que te trae á Altranstad, dispon de mí para lo que gustes. Ahí tienes mi bolsa si has venido para divertirte, y mi espada está á tu servicio si tienes alguna querella por evacuar.

—Yo no soy ni un perdido, ni un espadachin, amigo mio.

Federico se sonrió diciendo:

—¡Vamos, soy muy tonto! Esos ojos no son borrachos ni pendencieros! Son ojos de enamorado! ¿por las once mil vírgenes de Colonia! ¿Te ruborizas? Tanto peor! ¿he acertado, camarada?

—No cuentes en la materia con mis consejos, porque tengo horror á las mujeres.

—¿Es posible, amigo mio?

Esta duda, expresada en voz limitada, excitó la indignacion de Federico que repuso:

—Jebus, en el campo de batalla no socorreria á un amigo sabiendo que estaba enamorado... creeria hacerle un flaco servicio salvándole la vida.

—Serenaos, amigo mio. Yo no soy ningun trovador.

—Voto al diablo! Eres un muchacho valiente. Aunque hace poco te conozco, haré por tí lo que no haria por la muchacha mas bonita del mundo.

Una sonrisa imperceptible asomó á los labios de Margarita. Era la primera vez que se sonreia desde la muerte de Eurico.

—Jebus Zorn, prosiguió Federico en tono muy formal, jurémonos amistad fraternal, porque no siempre estaremos acordes para ligarnos con la amistad novelesca de esos héroes modernos, que nos ha trasmitido la antigüedad.

© Biblioteca Nacional de España

—Como quieras, replicó Margarita; concluirémos por ser dos amigos mas célebres que Cástor y Pólux, Orestes y Pilades y...

—Basta, le interrumpió el herido. Veo que no perdiste el tiempo en la universidad de Goettingue, y sabes mas que muchos doctores.

Con esa penetracion femenil, Margarita habia comprendido que este jóven era entusiasta y loco; pero franco y leal á quien podia indicarle el camino que habia trazado para conseguir su objeto.

—Ahora que somos amigos hasta morir, á la manera de los trescientos tebanos, no debemos tener secretos el uno para el otro, repuso Federico; así dime ¿qué vienes hacer en Altranstad?

—A sentar plaza, dijo sencillamente Margarita.

—Tú sientas plaza! bendicion del cielo! He ahí una palabra que en mi herida produce el efecto de un bálsamo maravilloso! De esa manera viviremos juntos para no separarnos jamás.

—¿Quién, continuó Margarita, se atreverá á decir que la muerte no es el inseparable y caprichoso compañero del soldado?

—Camarada Jebus, en tu frente se vé dibujada la inquietud, y tus palabras son demasiado tristes. ¿Tienes alguna pena oculta?

—Sí, amigo mio, una herida mas difícil de curar que la vuestra.

—Sientas plaza para dejarte matar! pobre corazon, exclamó Federico en tono de reprension; ni así podrás ser feliz! Ahora mismo vas á ver un hombre que se arrojaba furiosamente en medio del combate! pero ¡ay! en vez de morir el desgraciado, siempre salia sano y salvo. A fuerza de obstinarse en morir en la pelea ha encontrado el título de mariscal de campo, y nadie lo merece mejor que él. Este hombre es Riuschild, el brazo derecho de Cárlos XII.

Hablando así los nuevos amigos volvieron al campamento, y aquella misma tarde, gracias á las relaciones de Enganilfed, Margarita quedó alistada bajo el nombre de Jebus Zorn. El uniforme de fusileros reemplazó el de estudianted, del cual no conservó otra cosa que el puñal. Como perteneciente á la misma compañía que Federico, durmió en la misma tienda con otros soldados.

III.

Durante los ocho primeros dias, Margarita que solo soñaba en su venganza, recorrió cantina por cantina todos los bodegones, escoltada por su amigo que no la dejaba á sol ni á sombra.

Se sentaba á la mesa con todos los soldados, y los obsequiaba grandemente para celebrar su bienvenida, así que no cesaban de admirarse de la inagotable mina del jóven camarada, y de la fabulosa prodigalidad de su madre.

Además, el bello Jebus Zorn, era mas jugador que un tahur, y se dejaba engañar con tan noble indiferencia, que todos los bigotazos entrecanos del campamento se disputaban el favor de cambiar con él algunas partidas de naipes, ó dados. Cuando estos cucos se habian enriquecido con sus despojos los jugaban entre sí.

Los que no tenian dinero jugaban alhajas, y entonces Margarita no se apartaba de allí, porque tenia esperanza de ver su retrato ó la sortija de Eurico.

Una fiebre lenta de venganza la destruia, y la idea de un perdido amor la trastornaba el cérebro.

Frecuentemente reunia al rededor de una mesa cubierta de jarros de cerveza, y botellas de aguardiente, á os soldados mas famosos por su bravura.

Allí les hacia contar sus batallas, el asalto de esta ciudad, el saqueo de la otra, mientras les escanciaba mas y mas botellas para excitar su verbosidad.

La prometida de Eurico de codos sobre la mesa, y la cabeza entre las manos, escuchaba con la misma atencion de un juez tan extraños como horrorosos lances, mezclados de pormenores de ferocidad salvaje, que por vanidad recargaba el narrador de negros colores.

Es espantoso y horrible, decia Jebus Zorn al fin de cada narracion; pero quien concibió y llevó á cabo el golpe de Lutzen, debe de ser el mas valiente de todos nuestros camaradas. Al tiempo que poferia estas palabras recorria con ojo escrutador todos aquellos rostros curtidos y llenos de cicatrices, queriendo sorprender en *ellos alguna sonrisa ó extremecimiento de orgullo. Nada!* Todos permanecian impasibles. Entonces Margarita se levantaba, diciendo con melancólica tranquilidad:

—Mañana empezaré de nuevo!

Pero los dias pasaban, y ni siquiera habia podido descorrer la punta del misterioso velo que cubria á los asesinos de Eurico.

Durante este tiempo los desengaños, y los disgustos no la dejaban vivir. Acostumbrada á una vida pacífica, piadosa y regular, se veia arrojada en medio del tumulto, de la licencia y ajitacion de un campamento.

Su alma pura y cándida se rebelaba al verse obligada á sufrir este juego abominable; ¡Pobre niña! Incesantemente oia groseras conversaciones sin que el fusi*lero Jebus tuviese derecho de ruborizarse. Era una perla* extraviada entre los guijarros que arrastra el mar. Los que veian á Jebus Zorn reir entre los bulliciosos convidados no podian comprender lo que sufria Margarita.

Un dia en que se hallaba abatida y casi desesperada, preguntándose á sí misma que si lo que perseguia era un sueño, temblaba al pensar que quizá á cada momento estaria tocando la mano del asesino de Eurico ó beberia en el mismo vaso. Federico entró á la sazon muy alegre y dándole con la mano en el hombro le dijo:

—¡Camarada! dentro de ocho dias hay gran feria en Leipzig, noble ciudad en la que ninguna otra puede disputar la gloria de haberme visto nacer!

—Y qué me importa!

—Una cuarentena de nuestros compañeros quieren ir á vender á los judíos del bazar objetos de oro, y plata que han recogido durante la campaña.

Unámonos á ellos; solo dista cinco leguas de aquí y he alcanzado dos plazas en un furgon de víveres.

—Ah! quieren vender el botin en Leipzig? dijo Margarita levantándose.

—Sí! se dice que un húsar ha vendido ayer una sortija que valia mas de sesenta piastras de plata.

—¿Cómo? una sortija! Una sortija! repetia la jóven con agitacion. Camarada vámonos juntos á la feria. Puede ser que allí encuentre por bajo precio algunas alhajas que me convengan.

Los dos inseparables se fueron á ocupar su plaza en el furgon, donde ya se encontraban Herman, y algunos otro suecos.

En el momento que llegaron á la ciudad, Margarita se dirijió al estrecho y oscuro bazar de los judíos, preguntó á todos los mercaderes si tenian de venta alguna buena sortija ó un recio medallon para colocar retrato semejante al óvalo que les enseñaba recortado en un naipe.

Sus maneras llenas de nobleza y distincion inclinaban á los judíos para hacer *negocio* con aquel niño pródigo huido de la casa paterna, y se apresuraban á enseñarle los objetos mas preciosos de sus tiendas. En ninguna encontró lo que buscaba; pero cuando iban á retirarse, Federico poniendo la mano sobre un medalloncito guarnecido de diamantes, exclamó sorprendido:

—Mira, Jebus, Mira! ¿No te parece tu vivo retrato bajo la forma de una mujer? Margarita cojió el medallon con mano temblorosa. En efecto, aquel era el que buscaba. Sonriéndose mientras que el corazon le latia tan fuertemente que casi no podia respirar, le midió con el naipe.

—Me agrada mucho por el parecido. Además el óvalo es exacto al modelo que he traido.

¿Cuánto vale este medallon?

—Sesenta pesos fuertes, gentil caballero, para no perder tiempo en regatear. No obstante que me han dicho que solo la pintura los vale.

Federico miraba con admiracion á su amigo, murmurando:

—Caprichoso como una señorita, en lugar de vender como los demás, compra dejándose engañar por estos judíos; mas ¿á qué contrariarle?

Margarita sacó del bolsillo un puñado de oro, y llevándose aparte al judío le dijo en voz baja:

—Te pago doble de lo que pides si puedes designarme quien te ha vendido este retrato.

El judío le contestó dándose una palmada en la frente.

—De todo corazon aceptaria la ganancia que me proponeis; pero por desgracia no sé el nombre del soldado que tan caro me hizo pagar una joya, que no le costaria gran trabajo adquirir.

Trató de sonreirse el judío por la gracia; pero la mirada de Margarita le heló la sonrisa al preguntarle:

—¿Con que ha sido un soldado? ¡he!

—Un soldado, balbuceó el judío que queria vender lo mas caro posible esta confianza. Margarita se impacientaba.

—Dime solo las señas para poderle reconocer, y tuyos son los cien pesos.

El judío miró con precaucion á su al rededor, y no viendo á nadie, explicó de esta manera las señas:

—Es muy alto, tanto que recuerdo tuvo que bajar la cabeza para entrar en mi tienda. Llevaba el uniforme de los granaderos suecos, la barba roja y la cara llena de cicatrices.

La verdad no quisiera encontrarme solo con ese mozo en un camino, ni verle entrar de noche en mi tienda.

Margarita temblaba porque creia tener delante al asesino de Eurico.

—¡Gracias! dijo arrojando al judío un puñado de monedas de oro.

Salió con Federico de la covachuela, y se mezcló entre los grupos de soldados que se estaban paseando en la plaza donde tenia lugar la fiesta; pero como nadie tenia permiso se volvieron á hora avanzada al campamento, donde pasaron alegremente el resto de la noche.

Margarita se perdió exprofeso del bullicio por separarse de Federico, y apoyándose en el brazo del gigantesco Herman, á quien no habia perdido de vista desde que salieron del bazar, le hizo entrar en una taberna bodegon, poco frecuentado. Mandó traer cartas, algunas botellas de buen vino, y dos vasos. Parecia que el recluta se ofrecia á que le desplumaran, por lo que Herman se sentó en seguida. Sobre la mesa habia una agonizante lámpara que no proyectaba sino á desiguales intervalos inciertos resplandores.

Margarita echó vino en los vasos mientras Herman barajaba las cartas, y en un momento se bebieron dos botellas. El granadero apuraba hasta la última gota. La jóven despues de haber chocado fraternalmente los vasos tiraba el contenido debajo de la mesa.

—¡Ea! amigo Jebus, dijo Herman, si hemos venido á jugar no bebamos mas porque aunque solo hemos bebido una azumbre, ya empiezo á ver las cosas dobles.

—Juguemos, pues, dijo Margarita sacando un bolsillo de seda que contenia unos cien ducados.

—Rayos y truenos! exclamó asombrado el granadero, no parece sino que tienes en el bolsillo todas las minas del Perú!

—Este oro no es mio, y cada vez que lo toco me abrasa los dedos.

—¡Que no son tuyos esos ducados! Entonces pronto serán mios, murmuró el coloso, echando una mirada de pirata al rojo metal que brillaba al débil resplandor de la lámpara.

—Oye, fácilmente lo puede ganar los camaradas.

—¡Ganarlos! Qué hay que hacer? preguntó el granadero levantándose de repente con el cuerpo echado adelante, y oscilando sobre sus embriagadas piernas.

—Sentarse, y escuchar.

—Eso es fácil: habla que te escucho.

Llenó de nuevo el vaso, y le vació de un solo trago.

—La mitad de estos ducados, continuó Margarita recalcando cada palabra con intencion, pertenecen á uno de nuestros camaradas.

—¿Su nombre?

—Lo ignoro todavía; pero la otra mitad para el que me ayude á descubrir el soldado que busco.

—¿Es alguna apuesta?

—No, es un voto.

—¡Un voto! eso se queda para las viejas. Los soldados no tenemos esas debilidades. Aunque yo mismo... ¡Toma! ahora que me acuerdo, se me olvidó mandar decir una misa, y poner tres velas á Nuestra Señora del Socorro, por el reposo de un pobre diablo que hace poco... Pero qué me importa!

—Has sido injusto, dijo formalmente Margarita, trae grandes desgracias un voto no cumplido.

—Bah! mañana soñaré... Me harás recordar... Cuenta, cuenta esa historia! prorumpió dejando caer entre las manos su cabeza cargada, y ardiente de embriaguez. Vamos, Jebus, cuenta que tu relacion no sea muy larga porque me dormiré... y mejor quisiera ganar los cincuenta ducados.

Margarita le echó una mirada de desprecio.

—¿Has amado, Herman? ¿Has soñado alguna vez la felicidad de una vida donde dos almas se confunden en una; donde se olvida uno de sí mismo para seguir en el sueño la imágen de quien se ama?

—¡Qué galimatías haces, Jebus. El amor es una tontería. Tengo mas miedo de él que de la peste.

—Pues bien, camarada, yo no tengo tu experiencia, ni tu filosofía; pero te confieso que amaba á una jóven de Lutzen con quien estaba comprometido. Siendo niño la regalaba nidos, y la hacia flautas de cañas; pero jamás nos habíamos dicho que nos amábamos, iba á casarme con ella, cuando se presenta un rival, oficial sajon, jóven, rico y... tanto le prefirió la familia de Margarita, que me dejó desairado.

—¡Pobrecito! Le hubiera esperado detrás de una esquina para pegarle un pistoletazo.

—Qué quereis, Herman? ya te he dicho que me falta tu experiencia. Me marché desesperado de la ciudad por el desprecio que me habian hecho; pero vino la terrible noche de Lutzen, y quedé vengado.

—¿Cómo es eso? preguntó el granadero levantando la cabeza con expresion de curiosidad.

—Al oficial mi adversario le mataron los soldados suecos que sorprendieron la villa! Bendito sea quien me hizo este servicio! Ahora espero obtener sin obstáculo la mano de Margarita.

Herman fijó sus verdes y chispeantes ojos en el grave rostro de Jebus, que mostraba grande indiferencia, aunque su corazon latia con violencia, y le dijo brucamente:

—¿Dónde vivia ese oficial?

En una casita de ladrillo situada en el fondo de un jardin que daba á la calle de Stras á unos veinte pasos del camino. El granadero se echó á reir, y se levantó sin ocultar su avaricia.

—¿Das la mitad de esos ducados á quien te enseñe al soldado que buscas? le dijo con ronca voz, y alargando sus largas manos hácia el bolsillo. Cuenta que pronto me encargo de ponerle á tu presencia.

Margarita sintió correr por su frente un sudor frio; pero dominando su emocion conservaba caima aparente, esforzándose por reir.

—¿Eres brujo, Herman?

—Das el resto de este tesoro al valiente que te desembarazó del Sajon?

—¡Ya lo he dicho!

Herman tendió la otra mano.

—Pues bien! dámelo todo porque me pertenece, porque soy yo!

—¡La prueba! exclamó Margarita levantándose de repente pálida, la vista extraviada, y la boca entreabierta.

El bribon miró con sorpresa á su camarada, y una vaga inquietud le atormentó el corazon enardecido por los vapores del vino: era un bribon cauteloso aunque feroz, que siempre estaba en guardia.

—No te daré una, sino mil, compadre, si estuviéramos solos...

—¿Solos? y qué importa!

El tuno hizo un gesto de apuntar, y fusilar á un hombre: —Me importa mucho mi cabeza, Jebus! Si mañana cuentas una palabra de lo que te voy á decir te mato.

Margarita se encojió de hombros, y llenó los vasos.

—Voy á ver si es verdad lo que dices, Herman. ¿Cómo entrasteis en el jardin del sajon, y á qué?

—Persiguiendo á una mujer que se refugió en su casa, y por alcanzarla escalamos las tapias.

—Y ¿despues? le preguntó ella friamente.

—Despues, cómo queria impedirnos el paso, por mi alma!... le matamos.

—¿Quién de vosotros le hirió?

—Todos un poco... pero yo le rematé, porque lo habia jurado ante el diablo que me asiste en todas mis empresas. Tenia un retrato al cuello que he vendido para no comprometerme, añadió riéndose el asesino, y en un dedo esta sortija.

Margarita la cojió con mano temblorosa, y la contem-

© Biblioteca Nacional de España

pló un instante, tanto que las lágrimas asomaron á sus ojos.

—Sí, sí, Herman, ahora te creo; le replicó con bulliciosa sonrisa; reconozco esta sortija. Tú eres el que busco, para ti son los ducados.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

Aunque hace dias que se verificó la féria de Puerto Real, tócale entrar en la revista de hoy, puesto que desde entonces acá no habíamos publicado ningunade estas. Por eso vamos á ocuparnos brevemente de ella, bajo la fé de los que nos han dado estas noticias.

Segun las mismas, es un hecho que la feria del presente año no ha tenido toda la animacion y todo el bullicio de las anteriores. ¿Qué causa ha podido haber para esto?

Difícil es buscarla, puesto que hoy se verifica este viage con una comodidad y presteza antes desconocidas. No hay sino recordar los tiempos en que Puerto Real solo ofrecia por San Juan y San Pedro sus candeladas, sus gayumbos y tal cual baile improvisado. Entonces era preciso ir allá cada cual embanastado y prensado en un mal bote en conversacion íntima con los peces, cuyo bote salia sin hora fija y cuando buenamente hallaba pasage para ir *relleno de seres humanos*, los *cuales solian tardar* en llegar allá un par de horas mortales, y eso aun suponiendo que no varase el barco.

Pues bien, con todos los inconvenientes y con *todas las molestias dichas, sin feria además*, sin teatro, sin casino, ello es que la gente acudia en abundancia comparativamente mayor que la que parece ha acudido en este año, en que tantos alicientes *antes desconocidos existen.*

¿Qué será ello? Debe atribuirse á un mero capricho de la voluble moda? ¿Consistirá tal vez en que ese cáncer devorador del lujo ha comenzado á introducirse *allí como en casi todas partes? No lo sabemos*; pero vamos á evocar un recuerdo, por si puede dar alguna luz en el asunto.

En tiempos ya algo remotos, era Chiclana la poblacion de moda para los vecinos de Cádiz. Sin embargo, estos comprendieron que el lujo que allí se desplegaba con una especie de furor no tenia sentido comun. Habitar en el campo con toda la sujecion, con todas las exigencias de la ciudad, no era sino cambiar de sitio las mismas personas — Volviéronse entonces todas las miradas hácia Puerto Real, donde hallaban toda la franqueza, toda la libertad, toda la sencillez que apetecian en la vida campestre, y Puerto Real desbancó muy pronto á Chiclana.— Esto estaba muy pues to en razon.

¿Han principiado á variar estas condiciones? ¿Se hace alarde de trenes y de carruajes lujosos en las Canteras? ¿Visten seda las señoras para ir al campo?

Otros lo sabrán mejor que nosotros; pero por si acaso es así, vamos á referir un cuento.

Diz que un loco, *aunque pacífico*, al atravesar una calle vió venir de vuelta encontrada á un hombre, el *cual, preocupado* sin duda por algun grave pensamiento, gesticulaba y *hablaba solo. El loco*, despues de haberlo contemplado un rato, se llegó á él y le dijo: «Hermano, ándese V. con cuidado, porque por ahí principié yo.»

Apliquémos el cuento. ¿No seria de temer que, *pues el lujo mató entonces á Chiclana, pudiera esta* decir tambien á Puerto Real: «Hermana, mire lo que hace, porque por ahí principié yo.»

Ciertamente que seria una lástima que Puerto Real llegára á verse en tal caso, y eso sin culpa ninguna suya. La culpa toda caeria entonces sobre quienes no quieren comprender que cada cosa tiene su sazon y su oportunidad, y que el desplegar ostentacion y aparato en un sitio *donde solo debe buscarse* desahogo, flores y aromas de los campos, es como el que saliera á cazar conejos ó perdices vestido de frac negro, guantes blancos y con una cruz de comendador al cuello.

Capitulo de alumbrado.—Este es uno de los capitulos mas *oscuros* de nuestra revista, y por cierto que no es solo en Cádiz donde el gas dá lugar á quejas. Los periódicos de Madrid se lamentan uno y otro dia de su mala calidad y servicio, y sabido es que los consumidores han tenido ya allí numerosas reuniones para gestionar lo conveniente, habiendo convenido en fijar á la empresa cierto plazo, concluido el cual abandonaran este sistema de alumbrado si sus quejas siguen desatendidas.

Esta resolucion condicional no sabemos que se haya tomado aquí todavía, aunque no falta motivo para ello; pero si eso nó, por lo menos observamos que de algun tiempo acá muchos establecimientos comienzan á adoptar el alumbrado por el aceite mineral, el cual principia á generalizarse en las casas particulares, dando excelentes resultados, no solo respecto á la intensidad y blancura de la luz, sino respecto á la limpieza y á la baratura.

Verdad es que en el interior de las casas el gas no ha hecho nunca fortuna, subiéndose el que mas hasta la escalera, porque la fijeza forzosa de esta clase de luz es un grave inconveniente para el uso interior, y eso sin contar la horrible peste de un salidero y el riesgo de una explosion en sitios cerrados.

Parécenos, pues, que este medio indirecto que ha comenzado á ponerse en práctica, pudiera llevarnos al resultado apetecido; porque las empresas del gas, amenazadas por la rivalidad del nuevo sistema, *tendrian que abaratar sus productos y servir bien* al consumidor si querian ser preferidas. Entonces cuidarian de que el alumbrado no padeciese los eclipses y las legañas de ahora, y se evitaria el que cada boquilla de gas no dé mas luz que la que diera un mal candil de cocina.

Es, en efecto, cosa lamentable que todos esos grandes y útiles descubrimientos del siglo lleguen á España tan falseados que ya no los conociera el padre mismo que los engendró. ¿Será acaso porque se crea que para esta tierra cualquier cosa es *buena?*

Último punto.—Así decia la tia Marizápalos en la comedia de *La Redoma encantada*, al tratar del desencanto del Marqués de Villena. Nuestro último punto es de otra estofa: se refiere á las dos famosas corridas de toros que han tenido lugar en Cádiz en los dias 24 y 25 de Mayo, y que constituyen la verdadera inauguracion artística de la plaza recientemente construida. Dos llenos completísimos y hasta exhuberantes, ventisiete caballos muertos, buena cuadrilla y buen servicio, constituyen, como se dice ahora, la *síntesis* de estas dos corridas. Con semejantes auspicios la plaza de Cádiz promete ser en su género lo que es en el suyo el teatro de la *Scala* de Milan, y ya puede aspirar á tener siempre en ella artistas taurómacos *di primo cartello.*

El primer dia parece que el sol hizo irrupcion en la sombra (se entiende que no hablamos del astro sino de la gente), pero esto se corrijió á la segunda tarde, y los hijos de Febo no se extralimitaron invadiendo las gradas de á doce reales habiendo ellos pagado seis.

Una botella arrojada á la plaza en el calor del entusiamo dió origen á justas medidas de la autoridad contra el interpelante, sobre el que hizo el público llover de paso una granizada de palos y mojicones por via de desagravio al matador Cayetano Sanz, contra quien apareció disparado el proyectil hueco. El agraviado intercedió por el agresor entre los aplausos del público.

Concluirémos con una observacion, por si parece bien tomarla en cuenta.

La calle de San Juan de Dios es, no solo el mas natural derrame de la gente que vuelve de los toros, sino tambien el sitio donde hacen su parada las personas que acuden al barato espectáculo de verla volver. Antes no se permitia el paso de carruajes y caballos por la dicha calle, porque en un punto donde se apiñan muchos millares de personas es muy fácil un conflicto y algo mas, á poco que intervengan animalitos de cuatro piés. Esta precaucion hemos visto que se toma tambien en otras plazas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SALTO DEL CABALLO.

ya	res	ni	la,	va	da	en	Ni
dig	vir	Que	ce	go	ro	Se	na
va	ser	Man	no	Quie	da	so	á	an	el	sa	a
tu	mas	Las	dar,	pla	llo;	Cuan	e	pe	me	á	tri
ra	ni	quie	ro	des:	des	Ser	lo	la	he	gra	ri
ro	a	vi	da	ri	tos	Lu	sa:	da	es	llo	lo
va.	Pa	se	a	me	dor.	to	la	a	al	Do	ere
tu	go	de	ol	mo	ma	pri	llar.	ma	re	la	Se
so	Ve	so	guir	Voy	qui	bra	a	de	Si	a	mi
Tri	vie	ro	don	á	her	tri	fa	se	Hoy	se	go
		rá	res	la	a	mor.	a,	ta	Vien
			Por	mo	el	Voy	rá.	do	Ni	Pues

Principia en la 10.ª casilla, de la 10ª fila horizontal, y concluye en la 5.ª casilla de la fila última.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

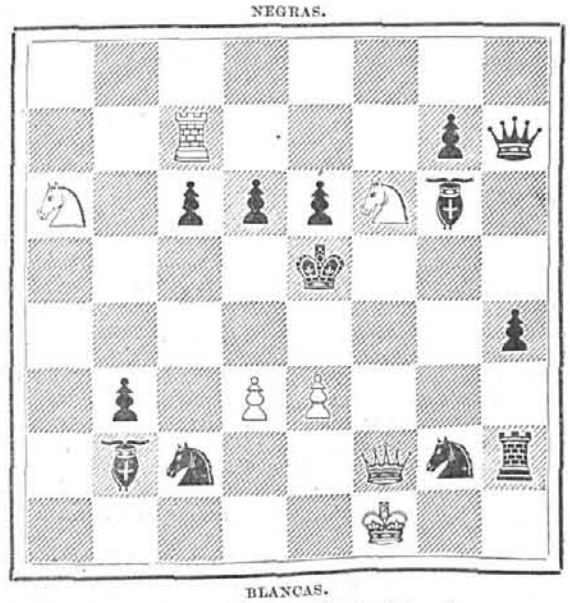
SOLUCION DEL N.º 9.

1 A 6ª CRª — P 3ª C (A)
2 A 7ª TRª — R come P
3 R 7.ª ARª — P 1 p
4 R 6ª CR — R juega
5 R 6ª A mate.

(A) R come P — 2 R 7ª ARª

PROBLEMA N.º 10, POR L. GENTILHOMME.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en 4 jugadas.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores que empiezan su abono en el presente mes, pueden recibir si gustan las entregas publicadas de la novela **El Corsario negro**, remitiendo á nuestro Administrador el importe de ellas, el cual es un real de vellon por cada una.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España